

Sigue de la primera plana

misma. La mayoría de los mexicanos aceptamos con indiferencia o resignación que otros tomen las decisiones y usen el poder en beneficio propio, como si fuera su patrimonio personal, sin atrevernos a reclamar nuestros derechos."

Poco antes, y en una discusión informal sobre el mismo tema, otra persona había sostenido una variante de esa posición y que puede expresarse así: "Desafortunadamente, un buen número de los mexicanos con educación y capacidad suficientes para participar de manera responsable en los asuntos públicos, como empresarios y profesionales, hemos optado por no mezclarnos en actividades políticas por considerarlas asuntos sucios, propios de personas de moral dudosa, y le hemos dejado libre el campo a los irresponsables, oportunistas y corruptos; justamente por eso estamos como estamos".

Las dos afirmaciones son importantes no tanto por ser verdaderas sino porque son ampliamente compartidas; con variantes, las he escuchado desde hace tiempo y muchas veces, sobre todo en círculos de clase media. El punto central de esa visión de la naturaleza de la relación entre sociedad y gobierno en nuestro país es claro: no debemos ver en el gobernante autoritario al responsable prin-

cipal de nuestro subdesarrollo político; la responsabilidad fundamental está en el grueso de los mexicanos: en los gobernados. Desde la primera perspectiva, los culpables somos todos, y tenemos lo que nos merecemos; desde la segunda, la responsabilidad mayor recae en las minorías preparadas que abdicaron de su obligación ciudadana y, en cambio, optaron por marginarse del ejercicio del poder por razones que van desde la ética hasta la estética.

★

Sin negar de manera absoluta las afirmaciones anteriores, creo que una peca de injusta y la otra de ingenua. Empecemos por la primera. En una sociedad de distribución histórica tan desigual e inequitativa de los privilegios y las obligaciones como es la nuestra, la culpa de la antidemocracia que hemos vivido desde el siglo XIX y que seguimos viviendo al concluir el siglo XX, no se puede asignar de manera democrática. Es verdad, como bien lo señalara hace tiempo Vaclav Havel, que en todos los casos donde el autoritarismo echó raíces y se volvió forma de vida, han surgido elementos de complicidad de las víctimas con sus victimarios. Sin embargo, e nel caso mexicano esos elementos de autodevaluación de los dominados, en caso de que los ha-

ya, no son la explicación central del autoritarismo, sino consecuencia de un desafortunado proceso histórico del que la élite política ha sabido, sin escrúpulos, sacar beneficios enormes, sistemáticos.

El elemento que impide aceptar que el grueso de los mexicanos seamos hoy los responsables de nuestro subdesarrollo democrático, tiene raíces muy viejas, históricas. En México el surgimiento y consolidación del Estado nacional no siguió el mismo camino que recorrieron las democracias originales de Europa y Estados Unidos. Allí, la modernización política que culminó en la institución de la democracia política, fue el resultado de un lento proceso de maduración de la sociedad en condiciones propicias. Aquí, en cambio, el Estado nacional surgió sin esa preparación, como consecuencia de un factor externo aprovechado por las élites criollas: la invasión napoleónica de España. Tras la independencia, fue el Estado —un Estado que se creó a sí mismo—, el que lentamente dio forma a su base social —la sociedad nacional— y no al contrario. Así pues, en relación con el Estado y con el gobierno, la sociedad mexicana ha sido más la parte pasiva que la activa. Por conveniencia o por otros motivos, ese nuevo Estado nacional preservó algunas de las peores características políticas de la sociedad mexicana. Preservó la costumbre de que la legitimidad de la autoridad y la de sus proyectos, tuvieran una dirección de arriba hacia abajo: del Supremo Gobierno a la sociedad política y a la sociedad civil.

La larga experiencia colonial en México, fue la peor preparación que se pudo tener para el ejercicio efectivo de la democracia. Por trescientos años una minoría realmente minúscula ejerció un poder enorme, con pocos límites, sobre una de las más grandes concentraciones demográficas de América. Para mantener esa dominación y explotación, la minoría española y criolla preservó las diferencias y fragmentación originales de la sociedad indígena y, sobre todo, inculcó a los dominados la idea de su inferioridad natural. Tras el gran debate teológico del siglo XVI, se aceptó por

Mayor Responsabilidad de la Elite Gobernante

El Subdesarrollo Político

- ★ Una Sociedad Largamente Subordinada y Manipulada
- ★ "Clases Ilustradas" Dejan a Otros el Trabajo Sucio
- ★ Presente la Desigualdad que Asombró a Humboldt

LORENZO MEYER

En México el "mal de nuestro tiempo" es polifacético, pero una de sus caras más evidentes es la persistencia de un monopolio ininterrumpido del ejercicio del poder desde la primera elección del nuevo régimen en 1917, una elección sin competencia real, donde Venustiano Carranza, sin contrincantes, reclamó para sí 98.08% del "voto popular". En una sociedad donde los beneficios de la actividad colectiva están tan escandalosamente concentrados, la responsabilidad de ese mal no puede menos que estar, también, concentrada en los que ejercen el poder y la autoridad políticas.

En la sesión de preguntas y respuestas que siguió a una conferencia a la que asistí la semana pasada, se hizo una afirmación que, palabras más palabras menos, es la siguiente: "La causa principal —la culpa— de que en México no hayamos podido aún superar la antidemocracia, la irresponsabilidad y la corrupción de nuestro sistema político, se encuentra en la sociedad

futuro distante, una vez que se resolviera, entre otros, el problema indígena. La Revolución de 1910 se propuso, en teoría, volver a poner en el centro del proyecto nacional la igualdad política. El proyecto volvió a fracasar. La destrucción efectiva de los oponentes de los revolucionarios norteamericanos por la vía de las armas entre 1910 y 1929, dio al grupo triunfador y sus herederos el monopolio virtual de la política y la competencia electoral careció de sentido, por no haber opciones reales. En la práctica la acción política después del último gran levantamiento militar de 1929, significó únicamente la negociación interna de las cúpulas del PNR-PRM-PRI. Otra vez la sociedad fue objeto de la acción política que recorrer antes el siglo —y tendiendo que vencer enormes herencias, inercias y resistencias—, esa sociedad mexicana por tanto tiempo suodina y manipulada, empezó a cambiar su carácter;

empieza a tomar iniciativas más allá de lo meramente local. Pero aún hay mucho que hacer, no que se supere definitivamente la herencia secular del autoritarismo. En resumen, no es la sociedad mexicana en su conjunto la responsable del atraso político en que se encuentra el país; esa responsabilidad histórica recae en mucha mayor medida en los hombres de la clase dirigente gobernante, de la clase política de ayer y de hoy.

Para concluir, abordemos el punto de vista de quienes sostienen que la razón principal de la persistencia en México de formas no democráticas de gobierno, se encuentra en el hecho de que las élites no políticas —en particular la económica y la profesional— han abdicado de su responsabilidad y han dejado hacer y deshacer a los políticos profesionales irresponsables. Esa autogarantía, de ser cierta, no es inocente. Desde la guerra de Independencia, las clases

altas tuvieron conciencia de los peligros que para su posición entrañaba la movilización de las clases subordinadas —ahí están, entre otros, los testimonios de Lucas Alamán—. El no ensuciarse las manos en la política permitió a los supuestos no participantes mantener la conciencia limpia y, a la vez, disfrutar de los privilegios que les dio, y les sigue dando, el autoritarismo del cual se quejan. El gran empresario puede quejarse, y de hecho lo hace de tiempo atrás, de la corrupción del gobernador o del funcionario federal que lo agobia con regalamentos e impuestos y que, a la vez, le exige sobornos para otorgarle lo que, en principio, es un derecho. Sin embargo, de lo que no se quieren dar cuenta una parte de los quejados, es de la otra cara de esa arbitrariedad con que la "clase política" ejerce su poder. Esa cara es precisamente el mantimiento de una disciplina y orden social que es origen y alimento de la gran

concentración de la riqueza y de los privilegios que caracterizan la forma de vida de aquellos élites que sustentan la política.

Para concluir, la falta de entusiasmo de los grupos mayoritarios mexicanos por la acción política es resultado de una experiencia histórica centenaria donde la autoridad, por las buenas y las malas, les imprimió con hierro candente a los grupos subordinados la máxima virtud: el subdito novohispano, en materia de la gran política, había nacido para "obedecer y callar". Y por lo que hace a la supuesta apatía y desdén de las "clases ilustradas" por la acción política en un sistema autoritario como el nuestro no fue, no es, sino una manera de dejar a otros el trabajo que requiere la preservación de la desigualdad extrema, esa que en su momento asombró a Alexander von Humboldt, y que siguen presente hoy como entonces.

La Constitución liberal de 1857 partió del principio de que todos los mexicanos eran iguales en lo político, todos eran ciudadanos. Sin embargo, los elementos de la ciudadanía no se podían dar por decreto. En la práctica, cuando logró la hegemonía, la élite liberal declinó, la élite liberal declinó, la élite liberal declinó, la élite liberal declinó, se volvió pragmática: su liberalismo desembocó en la dictadura porfirista. Para los científicos, la igualdad política que proclamaba la constitución, debía tomarse como un ideal que sólo podría materializarse en un

*
 ↓